

Ramos, Gerardo Daniel

*La vida como peregrinación
En camino hacia Santiago de Compostela*

Credo Ediciones, 2013

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor y de la editorial para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Ramos, Gerardo D. La vida como peregrinación : en camino hacia Santiago de Compostela [en línea]. Saarbrücken : Credo Ediciones , 2013. Disponible en <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/libros/vida-peregrinacion-camino-santiago.pdf> [Fecha de consulta:...]



Gerardo Daniel Ramos

La vida como peregrinación

En camino hacia Santiago de
Compostela

CREDO
EDICIONES 

Gerardo Daniel Ramos
La vida como peregrinación

Gerardo Daniel Ramos

La vida como peregrinación
En camino hacia Santiago de Compostela

CREDO EDICIONES

Impressum / Aviso legal

Bibliografische Information der Deutschen Nationalbibliothek: Die Deutsche Nationalbibliothek verzeichnet diese Publikation in der Deutschen Nationalbibliografie; detaillierte bibliografische Daten sind im Internet über <http://dnb.d-nb.de> abrufbar.

Alle in diesem Buch genannten Marken und Produktnamen unterliegen warenzeichen-, marken- oder patentrechtlichem Schutz bzw. sind Warenzeichen oder eingetragene Warenzeichen der jeweiligen Inhaber. Die Wiedergabe von Marken, Produktnamen, Gebrauchsnamen, Handelsnamen, Warenbezeichnungen u.s.w. in diesem Werk berechtigt auch ohne besondere Kennzeichnung nicht zu der Annahme, dass solche Namen im Sinne der Warenzeichen- und Markenschutzgesetzgebung als frei zu betrachten wären und daher von jedermann benutzt werden dürften.

Información bibliográfica de la Deutsche Nationalbibliothek: La Deutsche Nationalbibliothek clasifica esta publicación en la Deutsche Nationalbibliografie; los datos bibliográficos detallados están disponibles en internet en <http://dnb.d-nb.de>.

Todos los nombres de marcas y nombres de productos mencionados en este libro están sujetos a la protección de marca comercial, marca registrada o patentes y son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de sus respectivos propietarios. La reproducción en esta obra de nombres de marcas, nombres de productos, nombres comunes, nombres comerciales, descripciones de productos, etc., incluso sin una indicación particular, de ninguna manera debe interpretarse como que estos nombres pueden ser considerados sin limitaciones en materia de marcas y legislación de protección de marcas y, por lo tanto, ser utilizados por cualquier persona.

Coverbild / Imagen de portada: www.ingimage.com

Verlag / Editorial:

CREDO EDICIONES

ist ein Imprint der / es una marca de

AV Akademikerverlag GmbH & Co. KG

Heinrich-Böcking-Str. 6-8, 66121 Saarbrücken, Deutschland / Alemania

Email / Correo Electrónico: info@credo-ediciones.com

Herstellung: siehe letzte Seite /

Publicado en: consulte la última página

ISBN: 978-3-639-52063-7

Copyright / Propiedad literaria © 2013 AV Akademikerverlag GmbH & Co. KG

Alle Rechte vorbehalten. / Todos los derechos reservados. Saarbrücken 2013

Introducción

La vida como peregrinación

En su *Autobiografía*, san Ignacio de Loyola se refería a sí mismo como “el peregrino”. Creo que muy pocas experiencias definen tan bien como ésta la condición humana: sobre todo cuando se camina en la vida con un horizonte trascendente, cuando se intenta ir más allá de objetivos meramente pragmáticos o intrahistóricos, cuando se procura encarnar cada vez más y mejor los valores que verdaderamente humanizan y elevan la vida.

El presente librito procura poner en palabras algunas reflexiones que me fueron surgiendo en relación a la propia peregrinación por el “camino de Santiago”, que realicé entre los días 12 de mayo y 24 de junio de 2013. Me pareció que podrían traducir muy bien la noción de *homo viator*, “hombre en camino”, motivando una meditación de tinte ético-espiritual-pastoral que ayude a descubrir la propia vida como una decisiva “peregrinación” hacia Dios y el prójimo.

Las diferentes aproximaciones que encontrarán en las páginas siguientes son como pinceladas de una misma y recurrente experiencia. Para la persona religiosa, y más específicamente para el cristiano, la constatación de estar caminando día a día hacia el misterio Uni-Trino de Dios... Como “discípulo misionero”¹, como alguien que simultáneamente aprende y comunica: como creyente y testigo de esa misma fe.

¹ Ver *Documento de Aparecida*, capítulo I.

I. La experiencia de peregrinar

Tal vez pocas cosas como el caminar y la peregrinación revelen tan acabadamente el misterio de la existencia humana. Somos caminantes y peregrinos: esto significa que vivimos en proceso, que nos vamos haciendo y transformando en verdaderas personas muy de a poco. Que estamos en búsqueda, que existe en nosotros una in-satisfacción profunda que clama siempre por “más”.

El camino y la peregrinación son, por tanto, reveladores del misterio humano profundo. Vamos encontrando lo que somos en la medida en que nos movemos y caminamos, en la medida en que superamos la tentación del estancamiento. Paso a paso se va manifestando nuestro ser más auténtico y original. Para los cristianos, solo progresivamente se va revelando el sueño de Dios para con nosotros: nuestra irrepetible condición de hijos e hijas suyos...

La excusa: el camino de Santiago de Compostela

El disparador para estas reflexiones lo constituyó el Camino de Santiago, que recorrí como caminante y peregrino desde el 12 de mayo al 24 de junio de 2013. Después de Roma y Jerusalén, es la tercera peregrinación cristiana acuñada por la tradición en tiempos medievales. En cierto modo, la gran ruta de la cristiandad medieval. Y para España, de la reconquista.

A raíz de la visita del papa Juan Pablo II al santuario de Santiago de Compostela en 1990, y de la explícita vinculación que del llamado a una Nueva

Evangelización de Europa hizo por entonces con el mismo –tal como lo refiere una placa conmemorativa colocada enfrente de la tumba del Apóstol–, es que el número de peregrinos fue incrementándose año tras año. Hoy unas 170.000 personas lo recorren cada año, si bien durante los Jubileos jacobeos –cuando el 25 de julio cae en día domingo– el número de visitantes es significativamente mayor.

Las motivaciones de los peregrinos pueden ser muy diversas: afán de aventura, turismo barato o deporte, inquietudes culturales y sociales, búsquedas existenciales o religiosas, experiencia espiritual o cristiana. Lo cierto es que la infraestructura del Camino fue creciendo y desplegándose notablemente en estos últimos veinte años, adquiriendo en cierto modo también connotaciones comerciales.

El “camino francés”

Si bien el Camino de Santiago tiene varias versiones, a saber, el de la plata, el portugués, el aragonés, el del norte, el de Madrid, etc., el más popular y acrisolado por la tradición es el “camino francés”. Fue el que recorrimos con Diego, un sacerdote amigo con el que habitualmente desempeñamos un servicio pastoral en el santuario-basílica nacional de Luján (Argentina).

Si bien el “camino francés” tiene varias versiones, y la más conocida parte de Le Puy, la gran mayoría de los peregrinos lo inicia en Saint-Jean-Pied-de-Port, en la ladera francesa de los Pirineos. En mi caso, unos kilómetros después: desde Roncesvalles, que es el primer punto en España tras cruzar la referida cadena de montañas.

El camino francés se despliega hacia occidente, pasando por ciudades relativamente importantes como Pamplona, Burgos, León, Ponferrada y finalmente, Santiago. Pero en su versión precristiana, tal como probablemente lo conocieron los celtas, llegaba hasta Finisterrae o Fisterra. Una tradición dice que en Muxía la Virgen María se le apareció al apóstol Santiago para alentarlo en su misión, y por eso también suele incluirse este destino en la peregrinación. En nuestro caso, hicimos ambos: unos 920 km en total, más lo caminado por las tardes en pueblos y ciudades...

II. El camino como metáfora de la vida

A causa de la estrecha vinculación que existe entre camino y vida, es que el mismo se convierte en metáfora de ésta. Una especie de “ícono” que invita a profundizar en el sentido y horizonte de la propia existencia, a modo de “mantra”. Caminar es irse sumergiendo y meditando en la propia vida. Caminar “da qué pensar” y “da que pensar” (P. Ricoeur): en *YouTube* pueden verse numerosos videos, y en la *Web* abundantísimos testimonios, de personas que – habiendo hecho el camino– testimonian esto mismo que digo.

La geografía del camino

Podríamos dividir el camino francés en tres etapas. La primera es la que se desarrolla entre los Pirineos y Burgos, y tiene una impostación más bien física y exterior. Se caracteriza por su dificultad: muchas subidas y bajadas, clima frío e incluso nieve hasta bastante avanzada la primavera. Para muchos constituye una “prueba de fuego”: las tendinitis y las ampollas están a la orden del día. La primera etapa que va de Saint-Jean-Pied-de-Port hasta Roncesvalles reviste incluso cierto peligro, explotado cinematográficamente por *The Way* (E. Estévez). Pero como se trata de los primeros días, todo este esfuerzo viene acompañado de entusiasmo y osadía.

Luego sigue una etapa más tranquila, que se desarrolla entre Burgos y la Cruz de Ferro, momento emblemático de la peregrinación. Se trata de la meseta castellana, donde parecería no haber nada de nuevo bajo el sol: es por

esto que hay peregrinos que se toman el bus... Aquí el desafío es más bien psicológico: la vida también tiene períodos de relativa aridez. Se camina sin sobresaltos, a no ser por las dos serpientes que encontré en el sendero... Sin embargo, el paisaje ya no es tan ameno: es más desolado y seco, sin árboles. Y si sale el sol, se lo padece. Así como en el primer tramo primaron los días nublados y con lluvia, aquí disfruté de una luminosidad serena.

La tercera etapa va de la Cruz de Ferro, donde se acostumbra depositar una piedra simbólica, expresión de lo que se quiere dejar, y Santiago. Aquí el camino adquiere un tono más bien espiritual. Se conjugan diferentes geografías y paisajes: es más lluvioso, la vegetación se torna mucho más bella y exuberante, hay subidas y bajadas como en Navarra, pero ya se está entrenado y se va llegando a destino. Es como si el camino se recapitulara. Y se lo empieza a vivir más decididamente “hacia adentro”.

Las etapas de la vida

Creo que cada una de las tres etapas se corresponde con momentos de la vida. La primera con la juventud, que es un tiempo de entusiasmo, pero también de abnegación y purificación: prima la importancia del cuerpo. La segunda con la adultez, donde se va teniendo más luz, donde cobra relevancia peculiar la mente, pero donde puede llegar a primar la inercia de la vida o la autosuficiencia. Esto supondría un cierto riesgo de nidificación y estancamiento.

La tercera etapa se correspondería con la madurez, cuando todos los hilos de la trama tienden a convergir y entrelazar un diseño a modo de don. Si al comienzo prima el esfuerzo y la voluntad, aquí más bien el camino te va llevando: aflora la vertiente decisivamente espiritual de la persona. Ya no se

está tan atento a por dónde se camina o a cuestiones técnicas, dado que más o menos se las conoce y se las ha ido adquiriendo, sino que más bien se intenta disfrutar del camino “tal como se presenta”. Ya no se busca intencionalmente “algo”, sino que más bien se agradece y goza de lo que acontece.

Tanto el objetivo del camino como el de la vida, es llegar a caminar con libertad interior y sabiduría. En este sentido, el camino tiene una vertiente formativa, profundamente humana, que también supieron descubrir y explotar corrientes pre o paracristianas, incluso esotéricas y gnósticas: celtas, templarios y masones que, antes y después del hallazgo de la tumba del Apóstol, recorrieron e incluso contribuyeron a la construcción y desarrollo del camino.

En el caso del cristianismo, la verdadera sabiduría se asocia estrechamente a la gratitud, que a su vez conlleva una fundamental actitud de gratuidad. Esto es lo decisivamente evangélico: supone poder “ver a Dios en todas las cosas”, unificando la vida en esta misma experiencia fundante de acción de gracias. De ahí la importancia que revistió para nosotros el poder celebrar la eucaristía², con numerosos peregrinos, cada atardecer.

² *Eu Xaristía*, un buen don, un don que se agradece.

III. La música del camino

Aunque parezca difícil entenderlo, el camino tiene su música. Hay una música que proviene del exterior, que nos es sugerida por el paisaje, por el entorno, por el clima, etc. Y hay otra música interior, que es la que emerge de las propias vivencias, evocaciones, recuerdos y esperanzas. Siguiendo con la metáfora de la vida, el camino tiene un *allegro con spirito* exterior, un *adagio* interior y un *andante* integrador y “superador”... O también, un *allegro gentile*.

La música exterior

La música exterior es el zumbido del viento, el canto de los pájaros, el sonido de la lluvia y el clamor de los riachos. Es el mismo ritmo acompasado que surge del caminar sobre diferentes terrenos, de las ramas de los árboles movidas por el viento, de la mochila en la propia espalda. El fragor del trabajo de los hombres y mujeres de los pueblos, el andar de los vehículos por las carreteras cercanas, etc.

La música exterior no es neutra. Según resulte, entusiasma o desanima, alegra o perturba, acompaña o aísla... Recuerdo europeos que escapaban a las “grandes ciudades”, donde a diario vivían, mientras que a mí me seducían de modo particular porque no las conocía... Y habitando, además, en el microcentro de una megápolis latinoamericana, su natural bullicio me “sonaba” a música serena. Lo que para unos es ruido, para otros puede ser canción: en

Buenos Aires aprendimos y disfrutamos esto con la música ciudadana de A. Piazzolla.

La musicalidad externa remite a otra musicalidad interna, que dispara recuerdos, evoca anhelos, moviliza pasiones, aquieta el espíritu, etc. Nuestra afectividad hace que todo pueda convertirse en símbolo, y que la musicalidad del entorno afecte nuestro mundo interior: al modo como acontece con los sonidos armónicos en los instrumentos, que vibran al unísono, por octavas o quintas, etc., cuando uno de ellos “se pone en movimiento”...

La música interior

La música interior contiene reminiscencias personales, y es la evocada por el mismo caminar del caminante. Su ritmo, melodía y timbre tendrá seguramente mucho de subjetivo. Por alguna misteriosa razón, aunque la intuyo, el contexto hacía aflorar en mí el Concierto de Aranjuez. Durante varios años estudié guitarra, tuve abuelos y vecinos gallegos; leí autores, estudié y me adentré en el arte y mística de la península; tengo amigos españoles o en España, y tal vez un poco por todo esto la música ibérica me resulte familiar y movilizadora.

En particular, me da la impresión que la referida obra de Joaquín Rodrigo describe muy bien las tres etapas del camino a las que anteriormente hice referencia. Y también los diferentes momentos de la vida: el entusiasmo presuntuoso y exteriorizado de los inicios, casi cabalgando, de su embriagante *allegro con spirito*; la búsqueda más personal e interior de la medianía, expresada en la guitarra que una y otra vez parece perder su fraseo sin hallar respuesta satisfactoria en su *adagio*. Por último la resolución esperanzada del

final, que a manera de acorde consonante y pleno de orquesta, acontece como un don inesperado, aquietando el desenlace e imprimiéndole un sereno entusiasmo a los tramos finales de la obra... y de la vida: un gozoso *allegro gentile*.

Lo que digo me hace también recordar en el ámbito bíblico al episodio de Caná de Galilea (ver *Jn 2*). Allí el vino mejor es el del final, y no el del comienzo. Cuando todo parecía terminarse, cuando la fiesta parecía entrar en crisis, es entonces que acontece lo mejor, lo inesperado... El vino del final, mejor que el del comienzo, aparece en la fiesta como un don después de cierto tiempo de insipidez. Pero acompañando la constancia de los servidores que trajeron tinajas de agua repletas “hasta el tope”...

Una de las grandes virtudes que exige el camino es la perseverancia, asociada a la paciente fortaleza. Por momentos se podrán buscar razones para continuar andando, pero en otras ocasiones es simplemente cuestión de “seguir caminando”. Como en la vida, por momentos se camina a oscuras, en la confianza cierta de que llegará el tiempo en que se hará la luz. Sería necio abandonar el camino simplemente porque un día, o varios días, se fue apagando la novedad de la aventura, o porque el paisaje ya no deslumbra, o las personas no acompañan. Lo mejor tendrá que acontecer como un gran regalo, cuando menos se lo espere, a modo de acorde consonante pleno de orquesta...

IV. Los lugares y ámbitos del camino

Como la vida, también el camino se revela en diferentes lugares y ámbitos de peregrinación y encuentro. Espacios que en cierto modo tienden a recapitularlo desde una determinada perspectiva. Espacios en cierto modo fugaces, que no se repetirán: que por eso mismo habrá que apreciar, agradecer y consignar, para seguir caminando...: porque resultaría una necesidad intentar retenerlos o capturarlos. Efectivamente, a mi modo de ver se toman demasiadas fotografías “exteriores” durante el camino y pocas “interiores”: se deposita un afán excesivo en la imagen fugaz, pero el icono profundo se descuida y escapa...

Pueblos y ciudades

El camino atraviesa lugares pequeños. Poblados de pocas casas, en muchos casos deshabitadas, consumidas por los años y el olvido. Sus antiguos habitantes fueron muriendo o se fueron desplazando a las grandes ciudades en busca de mejores condiciones laborales u oportunidades de vida... En muchos de ellos, solo quedan los ancianos, y es difícil encontrar gente joven o de edad intermedia para realizar los servicios indispensables de mantenimiento. Por esta razón, muchos de estos pueblos sobreviven gracias a los numerosos peregrinos que, día tras día, pasan por ellos y en ellos se hospedan.

Pero también existen ciudades populosas, que atraen una multitud de turistas. Cada lugar tiene su encanto, invita a un peculiar estilo de reflexión:

Roncesvalles, Zubiri, Puente la Reina, Azofra, Santo Domingo, Sahagún, Puente de Órbigo, Astorga, Foncebadón, Molinaseca, Triacastella, Sarria, Arzúa, Compostela... Son como cuadros o pinturas que a manera de iconos tienen un mensaje para ofrecerle al peregrino. Lo reciben, lo interpelan, lo reenvían nuevamente al camino...

La experiencia de haberlos visitado, de haberme detenido en ellos o pernoctado, me hizo recordar diferentes pueblos y ciudades en los que a lo largo de mis cuarenta y cinco años de vida me ha tocado vivir. Cada uno encierra experiencias, vivencias y recuerdos originales e intransferibles que los convierten en símbolos. En cierto modo, en cada uno de ellos la vida se hospeda, recapitula y proyecta.

Templos y albergues

Tanto en pueblos como en ciudades, atraen de un modo particular la atención los templos. Muchos de ellos datan de los siglos XI-XII, ya que fueron construidos en el camino cuando numerosos peregrinos comenzaron a recorrerlo. Templos y monasterios cluniacenses –sobre todo–, medievales y de piedra, depositarios de históricas restauraciones no siempre muy bien logradas. Pero testigos todos ellos de la fe de siglos: cientos de miles de peregrinos abrevaron en ellos su bautismo y encontraron refugio en su condición de *viatores*.

Junto a espléndidas catedrales como las de Burgos, Astorga, León o Santiago de Compostela, pequeños y acogedores templos y ermitas que dan testimonio de una original experiencia de fe. Porque datan de aquellos tiempos en que las ideas no se clonaban con *copy & paste*, sino que se concebían a

partir de experiencias irrepetibles, artesanales... Por esto todos estos templos y ermitas son “únicos”, incluso en sus detalles. Todos ellos tienen algo de original para proponer a la meditación humana y cristiana: una luz y elocuencia propias...

También en cierto modo los albergues se convierten en espacios de encuentro. Si en los templos prevalece el recogimiento y la oración contemplativa para con Dios, en los albergues se despliega la convivencia y amistad festiva entre peregrinos. Constituyen la versión moderna de aquellos antiguos hospitales patrocinados por reyes y nobles, que posibilitaron el desarrollo del camino dando cobijo a los peregrinos.

Además de ser lugares de descanso y recuperación, en muchos albergues se comparten comidas y anécdotas, conversaciones y música. Los hay más grandes y organizados, pero también más pequeños y familiares: los más sencillos y gratuitos suelen ser los mejores. Sobre todo cuando se conforman grupos multiculturales con diversidad lingüística. Uno podría imaginar lo que esto significaría en el Medioevo: un intercambio de noticias y experiencias de las más diversas comarcas de Europa, con una curiosa combinación de espirituales penitentes y peregrinos trovadores. Aún hoy, en cada caso hay que dejarse sorprender por lo inédito...

V. Los caminos del camino

Como la vida, el camino se compone de muchos caminos: de otro modo, la monotonía sería insoportable. Por momentos hay más luz y apertura, en otros todo parece estrecho y oscuro. En ocasiones se ve con claridad dónde se pisa, y en otras hay que andar con especial cuidado...

A veces se avanza esforzadamente, cuesta arriba; en otras se desciende más fácilmente, pero hay que cuidar las propias rodillas. En estos casos, los bastones [=sticks] pueden contribuir un poco en la marcha. Pero hasta por ahí nomás...: al fin de cuentas, las ayudas exteriores siempre estarán en función de los propios recursos del peregrino.

Y cuando el camino, en cambio, sea plano, resultará más sencilla la observación del paisaje y más amena la conversación: la vida se tornará naturalmente más expansiva...

Sendas y carreteras

Por momentos la vida cobra carácter de senda. Es más estrecha, menos recorrida, tiene algo de incierta, e incluso cierto peligro. En las sendas estrechas no se puede ir de a dos ni conversar con otra persona: son tiempos personales, donde nadie puede acompañarnos, donde los demás incluso molestan. Y hay que mirar mucho dónde se pisa, o las decisiones que se toman: porque las pequeñas sendas se multiplican. En ocasiones hay piedras o

barro que hacen todo más pesado, y donde las distracciones pueden pagarse caras.

En otros momentos, el camino se ensancha y se torna promisorio. Como en la vida, hay más espacio e indicaciones, podemos ir acompañados, incluso en grupos, y esto lo disfrutamos. Pero también hay que prestar atención a los vehículos y a las señales: masificarse irresponsablemente puede resultar peligroso, podemos incluso perdernos. Es así que, en términos generales, los caminos anchos tienden a distraernos más fácilmente y a dejarnos menos recuerdos y aprendizajes que el “camino estrecho”...

Bosques, colinas y valles

Por momentos los senderos se oscurecen: los cubre el bosque, y entonces se camina en cierto modo a oscuras, o con demasiada humedad. Como en la vida, no siempre se ve claro. En otras ocasiones, el cielo se abre, esperando e iluminando la existencia. En ocasiones caminamos en una hondonada o valle, del que solo se sale subiendo... Pero el pueblo o la salida no llegan, o la colina que parecía ser la última nos conduce en realidad a la siguiente...: es tiempo, entonces, de fortalecerse en la paciencia. Sabemos que “no hay mal que dure mil años”.

Cada contexto posee su propia belleza, encanto y/o desafío. El de las amapolas, retamas y otras flores silvestres; el de los campos de trigo, viñedos u olivares. El del bosque cerrado o la meseta árida que apenas ofrece cierta pastura. En ocasiones, para que el contexto sea ameno, hay que soportar la lluvia: es la que regala al paisaje esos tonos de verdes que resaltan sobre todo los días nublados, particularmente en las regiones de Navarra y Galicia.

La naturaleza limpia tiende a integrarnos, sobre todo a quienes hemos nacido y vivimos en grandes ciudades. El *Cántico espiritual* de Juan de la Cruz está poblado e impregnado de creaturas que dicen algo de Dios y la propia experiencia espiritual. Los espacios naturales vírgenes o recreados por la mano del hombre nos invitan al “éxtasis”: a salir de nosotros mismos, a “descentrarnos” contemplativamente. La mediación poética es muy fecunda en el campo espiritual, y los parajes naturales la promueven...

VI. Las perplejidades y opciones del camino

Todo camino tiene sus bifurcaciones y encrucijadas. Sobre todo al comienzo, cuando se sale un poco apurado de un pueblo o ciudad, es fácil extraviarse. Si bien es cierto que “a quien madruga Dios lo ayuda”, porque se evita el calor del sol, se llega antes y se consiguen los beneficios que esto conlleva (v.g., albergue, ducha, descanso), también es cierto que “no por mucho madrugar amanece más temprano”. La vida es un continuo discernimiento que reclama prudencia. Hasta que no empieza a clarear no conviene partir: sobre todo si se camina solo...

Caminos dudosos y certeros

Hay como un instinto que nos dice cuándo un camino no parece certero. Faltan indicaciones, la senda no es clara, no se advierte la presencia de otros peregrinos. Es entonces cuando lo mejor es detenerse y observar, incluso desandar la marcha hasta el último punto seguro, en vez de apresurarse. Normalmente nos extraviamos cuando nos apuramos o cuando no estamos realmente atentos. También se equivoca la senda cuando el paisaje o las conversaciones se tornan demasiado gratos...: me pasó dos veces.

En otros momentos, vamos por buen camino. Como en los tiempos de “consolación espiritual”, las flechas son claras, el sendero es nítido, los peregrinos afluyen en gran número. Pero a veces también hay que elegir: si se hace el camino largo pero ameno, o el corto pero insípido. Si se recorre el

trayecto clásico, u otro más promisorio de novedades. Mi opción personal fue la de evitar nuevas propuestas turísticas, y transitar más bien los caminos ancestrales.

La decisión responsable

Tanto en la elección del camino y el calzado, los recursos tecnológicos o económicos (¿tarjeta, *cash*?), la mochila o su contenido –que se limitaron a los siete kilos y medio–, como en la cantidad de kilómetros a recorrer por día, prima la elección responsable. No es lo mismo un día de sol, que uno nublado o de lluvia. No es lo mismo caminar a las once de la mañana que a las tres de la tarde... Incluso al momento de ponerse a caminar con otra persona habrá que discernir hasta qué punto se podrá marchar acompasadamente, dado que no se puede apurar ni demorar demasiado el propio andar ni el ajeno.

Al respecto, el camino enseña: si se camina más de la cuenta o menos de lo que corresponde, más rápido o más lento de lo que se debería, eso tiene sus consecuencias. En el primer caso saldrán ampollas, aparecerá la tendinitis, o la dificultad en encontrar albergue avanzada la tarde. En el segundo, será la permanente sustitución de compañeros de camino, junto a un sentido de desocupación y aburrimiento. En cada caso, la decisión justa es fruto de un responsable discernimiento personal. Hay que escuchar al propio cuerpo y la propia interioridad. Y luego hacerse cargo de lo que responsablemente se ha decidido. Para mí, unos 20 km diarios, más otros 3 promedio por la tarde para recorrer y conocer los lugares, estuvo bien...

También en la vida hay que evitar tanto la presunción como la desesperación, el pretender más de la cuenta o el dejarse estar en la

pusilánime indolencia. Hay que tener lucidez al momento de evaluar las posibilidades reales para que la vida se espere. Si está por llover o hay riesgo de nieve, o si por el contrario, el sol comienza a calentar demasiado, es mejor esperar al día siguiente: el excesivo entusiasmo podría jugarnos en contra. Si por el contrario, las condiciones son favorables y no nos hemos cansado demasiado, es preferible aprovechar el tiempo y avanzar: tal vez mañana las condiciones climáticas ya no sean tan convenientes, y la comodidad de hoy podría pagarse cara...

VII. El entorno del camino

La vida tiene un contexto. Nuestra subjetividad interactúa significativamente con un entorno de personas, paisajes y acontecimientos. También el camino, en cierto modo, “nos envuelve” y condiciona. Somos parte de un “ecosistema” natural y humano... Somos “el yo y sus circunstancias” (J. Ortega y Gasset).

La naturaleza y el camino

Como otras versiones del camino, también el camino francés se adentra en ámbitos naturales, pueblos y ciudades. Nuestra subjetividad se activa y despliega en diálogo con lo otro. Todo puede convertirse en símbolo que evoque profundidad y trascendencia; todo puede recrear la propia interioridad y manifestarla. Pero para esto hay que estar atentos: hay que mirar dónde se pisa, pero también saber elevar oportunamente la mirada. Ambas cosas son importantes: vivir con los pies en la tierra y tener horizontes de esperanza; comprometerse con el presente y avizorar futuro.

Al respecto, resulta interesante estar atentos a lo que personas, realidades y situaciones van despertando y generando en nosotros. Por ejemplo, al por qué cambian nuestros estados de ánimo, o por qué nos vinculamos más con un tipo de personas que con otro; los horarios que elegimos para caminar, descansar o conversar, la alimentación que preferimos

–nunca anhelé comer tanto yogurt y fruta– o el propio cuerpo nos reclama, etc. En cierto modo, todo esto va revelándonos quiénes somos...

Tierra, agua, aire y fuego

La tierra del camino, ya sea la humedecida por la lluvia o la que deviene polvo a causa del sol, la que se pega en el calzado a modo de barro o la que trae el viento. La tierra fecunda que produce plantas, árboles y flores, como la tierra estéril que puebla los entornos desolados. Toda esta tierra se va convirtiendo en hermana nuestra...

El agua de los ríos que envuelve a los peces, o la del rocío matinal y la lluvia que impregnan el rostro. El agua sonora de los arroyos, el agua fresca de las vertientes y fuentes. El agua caliente de las duchas o el agua fría con que lavamos la ropa después de una mañana de camino. También todas estas expresiones del agua se convierten en elocuentes y amenas creaturas...

El aire calmo y el viento agitado, la brisa serena y templada del día o el aire gélido de las noches. El aire limpio de la mañana que difunde el canto de los pájaros, o el rancio hedor de superpoblados dormitorios penetrado por sonoros ronquidos. El fuego de los leños en el hogar de un albergue en día frío, o el del sol durante una jornada agobiante. Todo esto habla de vida: lo que nos gusta y lo que nos incomoda. Por esto mismo invita también a la introspección y al anhelo de trascendencia, ya que nada está inmutablemente quieto, ni nada nos satisface de modo definitivo. Y en cierto modo, por esto mismo todo habla de Dios, clama por Dios, invita a la fe...

VIII. Las referencias y referentes del camino

No hay camino sin mapas ni referencias. Los indicadores son indispensables en la hoja de ruta. En el camino espiritual, también lo son las doctrinas y preceptos. Pero sobre todo lo son los testigos: como en el camino los caminantes que nos preceden, o los “baquianos” del lugar que nos orientan, también en nuestra “autotrascendencia teocéntrica” (L. Rulla) necesitamos guías experimentados...

Indicadores, guías y flechas

Hay quienes siguen guías impresas. Evidentemente, son de gran utilidad, ya que contribuyen a predecir lo que se encontrará: sobre todo en las variantes menos trilladas del camino. Pero el riesgo es que anulen la sorpresa: ni tanto ni cuánto. Hay guías tan completas que impiden el asombro. Lo mismo que los *black-berries*, los *i-pod's* y *tablets*: todo resultará tan seguro y conocido que el camino ya no tendrá misterio. Y la vida no resultará interpelada. Mi opción fue la de no llevar nada de esto: apenas unos *Google Maps* impresos...

El camino francés está suficientemente indicado por flechas amarillas, mojones y típicas vieiras o veneras que señalan el buen camino. Están también los caminantes experimentados, que ya han hecho el camino y pueden sugerir alternativas. Llegado el caso, también podría preguntarse a los lugareños, siempre bien dispuestos a responder con lujo de detalles a cualquier inquietud. Al respecto, me decía a mí mismo una y otra vez durante la peregrinación: ¿por

qué no hacer de una dificultad ocasión de encuentro?³ Me lo digo también en la vida: ¿por qué no convertirla en oportunidad de creativa autotranscendencia y crecimiento?

Tanto en el camino como en la vida, quienes más han vivido o quienes tienen experiencias concretas en campos determinados, son capaces de mostrar un panorama más completo de lo que vendrá o de cómo las cosas son y funcionan. Tienen visiones más de conjunto [=sabias y holísticas] o más pormenorizadas [=empíricas y precisas]. Por ser más sabios o experimentados, pueden también resultar más prudentes y acertados en sus preferencias, opciones y consejos.

Algo análogo acontece en el camino espiritual. Quien de “algún modo” ha experimentado, puede pintar con mayor claridad lo que vendrá... Pero también sabrá dar lugar a la propia experiencia del interesado: porque tiene más gusto lo que se descubre por propia experiencia que por referencia ajena, por más exacta que ésta fuere⁴. Porque en el fondo, todo camino está llamado a convertirse en un gran descubrimiento, en una sorprendente aventura, en una apasionante novela... En este sentido, todo camino tiene una buena dosis de experiencia subjetiva.

³ Uno de los problemas de incomunicación en el denominado Primer Mundo habría que atribuirlo a que en estos contextos “todo funciona bien”. En cambio, una chica suiza me decía que le fascinaban los albergues poco funcionales y desordenados...

⁴ Ver IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, nº 2.

Los pasos de quienes nos preceden

En el camino hay algo que parece imprescindible: las huellas de quienes nos preceden. En muchos casos, las mismas posibilitan senderos alternativos. Por ejemplo, como en un cambio de época, cuando el sendero original está inundado e intransitable, o cuando abundan las rispideces, las personas comienzan a buscar “tradiciones alternativas”. En términos generales, que otros las hayan transitado antes que nosotros da cierta seguridad y confianza al caminante. Pero si éste es demasiado pasivo, también puede hacer que el camino resulte demasiado cómodo y aburrido...

Para innovar, habría que ser muy buen conocedor: sin embargo, en situaciones de encrucijada, no queda otra alternativa más que la de arriesgarse, ya que no podés caminar con 10 cm de agua... Por otra parte, un nuevo sendero no lo impone una sola persona, sino que más bien es consecuencia del discernimiento de un buen número de peregrinos que optan por esta posible alternativa. Al respecto, dialogué con un sevillano que había recorrido varias veces el camino, y que en algunos casos proponía con humildad opciones más convenientes y amenas a quienes iban con él.

IX. Los sentimientos del camino

Durante la peregrinación emerge una variada gama de sentimientos. Muchos tienen que ver con el lugar y el contexto, con la naturaleza y el clima, con el momento del día, etc. Otros tienen que ver con los recuerdos que se disparan. Al respecto, el entorno no es neutro. Los símbolos externos suscitan símbolos y reminiscencias internas. Y como lo meditábamos en torno a la música, todo esto mueve la afectividad del caminante.

Introspección y soledad

Es recomendable hacer solo el camino, ya que para aprovecharlo verdaderamente es necesaria una cierta dosis de introspección, y para ella, de soledad. El silencio interior acrisola las mejores intuiciones, y permite que maduren fecundamente. Aprender a encontrarse con lo que surge de nuestro interior, para modelarlo creativamente, resulta de suma importancia en la vida. La nostalgia y la angustia, la alegría y la esperanza, el temor y la tristeza, el entusiasmo y el júbilo, etc. Intentar descubrir a qué vienen, por qué surgen estas “pasiones” (Tomás de Aquino), etc., es un modo interesante de iniciarse en el discernimiento espiritual.

Nuestra opción con Diego fue la de no caminar todo el tiempo juntos. Si bien intentábamos encontrarnos para la celebración eucarística al atardecer, o para compartir la cena, cada uno iba a su ritmo, tenía sus espacios, su modo propio de hacer el camino. Como la vida, al camino hay que personalizarlo,

incluso cuando en términos generales se lo recorre con otras personas. Es como un retiro espiritual, como la lectura de un libro, como el escuchar música o ver una película: cada persona tiene tiempos y espacios propios, imágenes y sonidos que repercuten en él o en ella de modo original.

Los diálogos y encuentros

Pero también debe tener su lugar el compartir, dialogando y encontrándose. El camino tiene muchos idiomas y lenguajes: el de las palabras, pero también el de los gestos; el de los rostros y el de las actitudes. En cuanto a lenguas, prevalecen el inglés y el español. Pero también el francés, el italiano, el portugués, etc. Por lo general, el camino propicia una comunicación y diálogos profundos, si bien también puede haberlos superficiales o en cierto modo estereotipados (“¿De dónde eres? ¿En qué lugar comenzaste? ¿Hasta qué pueblo caminas hoy?”). Al movilizar cuestiones hondas de las personas, con la debida disposición de los interlocutores, las experiencias de encuentro pueden resultar muy significativas.

Personalmente, he conversado mucho y en profundidad sobre todo con alemanes, españoles, brasileños, suizos, escandinavos y coreanos. Pero también con franceses, ingleses, australianos, neozelandeses, filipinos, estadounidenses, canadienses, holandeses, italianos, austríacos, polacos, húngaros, búlgaros y ucranios, entre otros. Por supuesto, también con argentinos, pero siendo que ya esto lo hago habitualmente en mi país, es obvio que no lo busqué intencionalmente.

Constaté una vez más que hablar otros idiomas libera posibilidades psico-espirituales y expresivas que la lengua de origen condiciona. Que uno pueda

“decir” mejor no significa que necesariamente pueda “expresar” más. Por supuesto que siempre podré hablar mejor, en términos materiales, mi propia lengua materna. Pero la comunicación es mucho más que las palabras. De estar motivados, temas de espiritualidad, cuestiones humanas, sociales, culturales, etc., en ocasiones pueden ser compartidas mejor en otras lenguas. No obstante, es cierto que cada diálogo es de algún modo siempre original e irrepetible.

Durante el camino, los intercambios se producen con personas que tal vez ya no volveremos a ver. O tal vez sí, incluso al día siguiente. Pero esto nunca se sabe: hubo personas con las que me reencontré cinco, seis, diez veces, y otras con las que tuve conversaciones únicas, muy significativas pero definitivas. Cada encuentro es un don en sí mismo irrepetible. Hay que tomarlo, valorarlo, agradecerlo y consignarlo tal como viene... En lo posible, hay que intentar descubrirlo como un don de Dios, que hace camino a nuestro lado: como Jesús lo hizo con los discípulos de Emaús (ver *Lc 24*).

X. Los pensamientos del camino

Los sentimientos y los diálogos se relacionan con los pensamientos. Estos últimos son la forma elaborada, intuita y razonada de aquéllos. Sin emociones e intercambios no hay creatividad intelectual ni espiritual. El camino la despliega, propiciando y madurando convicciones aquilatadas por los kilómetros recorridos... y las vivencias experimentadas.

Esperanzas y temores

Muchas de estas convicciones tienen que ver con el sentido de la vida o con aspectos concretos de la misma. La “rumia” profunda, nutrida de fe, tiende a esperar la vida y expandirla creativa y generosamente. Pero el silencio hace emerger también los temores regresivos de las cuestiones irresueltas, las situaciones que aún nos interpelan, las búsquedas profundas para las que todavía no hemos encontrado respuestas. Muchas de ellas pueden estar simbolizadas y disparadas por situaciones coyunturales muy concretas del camino.

Caminar activa progresivamente el anhelo de hallazgos. Por algo los antiguos filósofos griegos “peripateaban”: peregrinar activa la creatividad psico-espiritual y nos permite avizorar posibles alternativas “icónicas” a nuestras férreas fijaciones “idolátricas”, iluminándolas y esperanzándolas desde la fe. Andar “ligeros de equipaje” (A. Machado) moviliza anhelos profundos y

definitivos; los cuales, cuando marchamos “sobrecargados” o vivimos saturados de cosas, se aletargan, diluyen y enfrían.

Nostalgia y agradecimiento

El silencio nos pone en contacto con lo perdido o lo que “ya fue”. Esto genera inicialmente nostalgia, que literal y etimológicamente significa “dolor del espíritu”: por lo que en algún momento estuvo y ahora se torna ausencia, por nuestra misma finitud creatural, por lo que finalmente habrá que dejar o resignar. Pero el silencio fecundo también va posibilitando otra lectura posible de nuestra radical indigencia: la de la creativa acción de gracias porque solo Dios es Dios... Y porque es el Dios de la promesa: El que es y vendrá.

La acción de gracias tiende a eternizar, en cierto modo, lo que de otro modo se perdería. Agradecer es valorar y consignar, en el fondo, para conservar...: no de modo idolátrico, sino icónico-sacramental. El que agradece, se nutre de sus propios recuerdos “transfigurados”, abriéndose a lo inédito, trascendiendo espiritualmente su natural “opacidad”. Deja de cargarlos como pesado lastre que tironea “para atrás y para abajo”, a modo de piedras, y esperanza su vida. Con la convicción de que lo que fue es tan solo un pálido anticipo de lo que será, “hacia adelante y hacia arriba”...

XI. La cultura del camino

El camino tiene una clarísima vertiente cultural. Es testigo del paso del tiempo, del recorrido de siglos. Evoca la cristiandad medieval, con hábiles constructores y artesanos, con el legado del tiempo impreso en las piedras, reflejado en monasterios, templos, ermitas, palacios y castillos... Pero también empalma con el actual cambio de época, en las personas concretas que lo vivimos contemporáneamente desde diferentes rincones del mundo. El cambio de época con sus hallazgos y desafíos, con sus fortalezas y oportunidades, debilidades y amenazas...

El Medioevo ancestral

Templos medievales del siglo XII, antiguos monasterios cluniacenses y castillos templarios, puentes y caminos romanos, construcciones de un pasado persistente y ancestral, en el que también dejaron sus huellas príncipes y reyes, talentosos artistas y encumbrados prelados. Hábiles estructuras arquitectónicas de piedras labradas e ingeniosamente dispuestas, creativos artistas y escultores anónimos, coloridos vitrales poblados de antiguas catequesis para iletrados, originales imágenes que celebran expresivamente la fe de los santos, pinturas que revelan el paso del tiempo. Todo esto es también el camino de Santiago de Compostela..., fácilmente constatable en *Google* "imágenes".

En particular, el camino francés nos sumerge en los siglos de la reconquista: es el imaginario español casi opuesto al mozárabe o el mudéjar,

aglutinado en torno a la figura de Santiago, convertido de “peregrino” en “matamoros”. Hoy muchos de estos espacios sagrados se convierten en anecdóticos museos. La espiritualidad ya no siempre se busca ni principalmente se celebra en estos recintos y entornos, con estas figuras y expresiones. La gente prefiere “espiritualidad” y no “religión”...

Sin embargo, todos estos monumentos son un vivo testimonio de lo que por entonces expresaron y significaron: la vida cristiana de pueblos vinculados a este imaginario y espacio sagrado, circunscripto por razones histórico-político-culturales al mero lugar en detrimento del tiempo. Por eso, con éste como con otros momentos y contextos de la historia humana hay que evitar caer en injustas apreciaciones anacrónicas...

Los desafíos del cambio de época

Hoy la vida es cambiante, fugaz e itinerante. Los peregrinos afluyen de muchos rincones del mundo y no se detienen. Proviene especialmente de Europa, los países del *Commonwealth* y, en general, del primer mundo. Pero “tocan y se van...”: hay quienes hacen notar que muchos ni siquiera recorren los lugares por los que transitan. Se limitan a sacar fotos..., demasiadas fotos y de lejos: porque con un buen *zoom* ni siquiera hace falta acercarse (!). Muchos peregrinan con cierta ansiedad: como agitados, sin capacidad de reposo, en búsqueda de algo que siempre parecería escapárseles...

Efectivamente, los nuevos emergentes culturales se hacen presentes de modo elocuente. Las nuevas tecnologías comparten la peregrinación y le imprimen urgencia y velocidad: los *i-phones* y *tablets*, los sistemas *WiFi* en todos los albergues, la información digital al alcance de la mano. El inglés

prevalece en las conversaciones, la cultura global se instala, todo se convierte en imagen con formato digital... Hoy todos podemos hablar y entendemos relativamente bien, pero los márgenes para el asombro y las sorpresas se reducen más y más... Y en el mundo anglófono, el diálogo podría estarse convirtiendo en un progresivo sinsentido: ¿para qué conversar si todo lo que podemos decirnos podemos obtenerlo con un simple *click*?

XII. El horizonte del camino

Es evidente que quien camina, tiene un horizonte. En particular hoy, todo peregrino sabe muy bien hacia qué lugar va: de otro modo, sería considerado un necio, alguien sin identidad ni criterio propios. Es cierto que muy fácilmente nos olvidamos de dónde venimos: los nombres de pueblos ya transitados fácilmente se olvidan, no se recuerdan “de corazón” [=by heart]. Si nos olvidamos de dónde venimos, se nos recorta el horizonte profundo del “hacia dónde” vamos. Podemos acabar llegando a no lugares..., uno tras otro, en insignificante y turística sucesión anónima.

Como en el camino, también en la vida tenemos nuestras búsquedas y anhelos: lo que esperamos. Pero aquí sería importante que no olvidemos de dónde venimos y lo que de esto nos queda, ya que también y sobre todo la memoria confiere identidad. No se trata simplemente de dar vuelta la página, sustituyendo lo nuevo por lo viejo, lo de hoy por lo de ayer. La memoria agradecida por lo significativamente vivido es punto de apoyo consistente para un sólido mañana, para encuentros poblados de sentido y hondura.

Caminar con norte

Caminar con norte significa caminar con sentido. Nada peor que dar eternos círculos en el mismo espacio. Es lo que nos ocurre cuando no tenemos el mapa de una ciudad: terminamos más o menos siempre rondando el mismo lugar, sin desplazarnos verdaderamente, con una natural inclinación a ir “hacia

el centro". Esto genera cierta frustración, dado que no solo nos perdemos de conocer (¿"autotrascendentemente"?) lo que podríamos descubrir, sino que además no prestamos demasiada atención al mismo lugar en el que siempre acabamos.

Tener claridad de hacia dónde se va en la vida es tan importante como saber hacia dónde caminamos cuando peregrinamos. Así como lo primero que hacemos cuando llegamos a una ciudad grande es ir a la Oficina de Turismo, pedir un mapa e identificar en él dónde estamos y los posibles lugares de interés –pude hacerlo los últimos días, gracias a tres jornadas ganadas al camino, en Valladolid, Segovia, Toledo y Madrid–, también en la vida necesitamos un horizonte existencial. Una especie de GPS que nos remita a lo decisivo y profundo...: desde el lugar y situación en los que nos hallamos.

Al respecto, y entre otras cosas, constaté que durante casi dos meses había caminado desde las inmediaciones de Guipúzcoa, no muy lejos de Loyola de donde era el peregrino Ignacio, hasta el sepulcro en Segovia del místico Juan de la Cruz; del imaginario regresivo asociado a mi club de la infancia –fundado por gallegos– que por primera vez descendió de categoría cuando llegué a Santiago, al imaginario progresivo de ese mismo color rojo vinculado a la celebración litúrgica de la vida de un mártir hacia la que simbólicamente camina la humanidad, y en particular la Vieja Europa...

Todo esto me hizo pensar que, si bien es importante caminar con norte, más importante aún es intentar descubrir el norte que el Señor tiene reservado para cada uno de nosotros y hacia el que nos conduce incluso inadvertidamente por parte nuestra. Y por supuesto, constatar y agradecer que el reconocimiento de esta experiencia transforme y enriquezca la propia imagen de Dios, que de padre se convierte en Padre.

Avivar la esperanza

Caminar con norte aviva la esperanza, abre horizontes, y con ellos, se enriquece la vida. Caminar esperanza la vida y la puebla de sentido y contenidos significativos. Cuando nos estancamos, la esperanza se apaga, el río se torna estanque, y la existencia deja de fluir. Entonces comienzan las enfermedades psicosomáticas, asociadas al *stress* y las depresiones, con sus variadas consecuencias en el campo de la salud...: cáncer, infartos, accidentes automovilísticos, diabetes, etc.

Las personas estamos llamadas a la autotrascendencia. A salir e ir más allá de nosotros mismos “pese a todo”. Si no logramos dar este paso, nuestra misma energía psico-espiritual, don de Dios, nos acaba destruyendo: lo que debería haber sido gracia se termina convirtiendo en veneno mortal. Y puesto que las cargas se acomodan andando, cuando estamos indecisos, lo mejor es muchas veces comenzar. Al respecto, resulta pedagógico que no les esté permitido a los peregrinos pasar dos noches en el mismo albergue. Tanto la ley del camino como la de la vida “obligan” a partir “como sea”...

XIII. Las luces y frutos del camino

Porque el camino esperanza, también ilumina. Caminar hace emerger y confirma el don de la luz. Ésta se expresa en nuevas intuiciones, que tienden a marcar un antes y después... La vida ya no podrá vivirse del mismo modo una vez realizada la peregrinación. Sobre todo si ésta adquirió un talante decisivamente espiritual y creyente. Ya no seremos los mismos después que antes de la partida... Sobre todo si tenemos fe. O si nos hemos encontrado con el “gesto y palabra” oportunas..., si hemos experimentado al menos un encuentro decisivamente significativo que nos haya “afectado” en profundidad.

Cambio de vida

El cambio de vida es posibilitado a partir del encuentro con lo mejor de nosotros mismos, en donde nos sentimos urgidos a un “más”. Caminar unifica y eleva, dado que activa lo mejor de nuestra persona: se convierte en un llamado profundo desde el cual somos en cierto modo interpelados. Invita a dejar de lado lo que no es auténtico, lo superficial y tangencial a la vida y existencia verdaderas. Por eso la peregrinación es sobre todo interior: no es la cantidad de kilómetros caminados lo que en realidad nos hace crecer, sino más bien la transformación interna que los mismos lleguen a movilizar a partir de la reflexión sobre lo recorrido. Ésta es la verdadera experiencia: *experire*, lo que surge de haber caminado.

Para el cristiano, caminar es elevarse a lo mejor de sí mismo, activando progresivamente la propia condición de hijo o hija de Dios. El camino de la vida se revela de este modo como gracia, y la misma existencia humana como don de lo alto. Así como el gozo tiende a instalarse de un modo progresivo en el caminante que va llegando a destino –al Santuario–, también quien toma la existencia humana como camino va progresivamente pacificándose y alegrándose. Y esta experiencia resultará inevitablemente expansiva: de algún modo habrá que comunicarla...

Nuevas intuiciones

Los frutos del camino son las nuevas intuiciones y las nuevas presencias. Aquello que de ahora en más deberemos seguir cultivando con entusiasmo, sin descuidar ni claudicar bajo ningún motivo. Para los cristianos, es la voz del Espíritu que alumbrá nuevos anhelos o confirma los anteriormente aletargados o meramente descuidados. Es la presencia de Jesús, “Camino, Verdad y Vida” (ver *Jn* 14,6) que progresivamente se nos habrá ido acercando y haciendo camino con nosotros (ver *Lc* 24,15) a partir del encuentro con personas, lugares y acontecimientos concretos.

Como en tiempos bíblicos para el pueblo de la Primera Alianza (ver *Ex* 16), los frutos del camino se expresan hacia adelante y hacia arriba: remiten a la promesa, a lo que será y vendrá. Llegar a Santiago de Compostela [= *Campus stellae*, campo de la estrella] no es el final, sino el comienzo de una nueva vida, que a modo de incienso del “botafumeiro”, se eleva a Dios: como bendición y ofrenda grata a Dios. Llegar a Fisterre no es asistir a la “muerte del sol” ni de Europa [= *occidens*, que mata], en una especie de eterno e infecundo

retorno. Es más bien animarse a un “nuevo nacimiento” del agua y el Espíritu (ver *Jh* 3,5): a la vida nueva de los hijos e hijas de Dios, alumbrada por Aquél que es el Sol de lo alto sin ocaso...

Conclusión

Para seguir caminando...

Las precedentes meditaciones son una invitación a tomarse la vida misma como peregrinos. Quien pueda motivar esta decisión realizando el Camino de Santiago o por medio de alguna otra peregrinación más al alcance de su mano, hará muy bien en aprovecharla. Pero lo decisivo es el modo en que asumimos nuestra vida concreta de cada día. Las experiencias del camino son las experiencias de la vida cotidiana, en la que el Señor nos sale al encuentro y nos regala mucho más de lo que de antemano podríamos imaginar.

Somos peregrinos, caminamos en esperanza, somos *homines viatores*... Esto es simultáneamente un don y aprendizaje, un regalo y posibilidad, una certeza y un descubrimiento, una convicción y un misterio. “Caminante no hay camino. Solo estelas en la mar” (A. Machado). Para los cristianos, “caminantes, peregrinos, vamos hacia Dios” (*Canto neocatecumenal*).

Índice

Introducción. La vida como peregrinación...	1
I. La experiencia de peregrinar	3
<i>La excusa: el camino de Santiago de Compostela</i>	3
<i>El "camino francés"</i>	4
II. El camino como metáfora de la vida	7
<i>La geografía del camino</i>	7
<i>Las etapas de la vida</i>	8
III. La música del camino	11
<i>La música exterior</i>	11
<i>La música interior</i>	12
IV. Los lugares y ámbitos del camino	15
<i>Pueblos y ciudades</i>	15
<i>Templos y albergues</i>	16
V. Los caminos del camino	19
<i>Sendas y carreteras</i>	19
<i>Bosques, colinas y valles</i>	20
VI. Las perplejidades y opciones del camino	23
<i>Caminos dudosos y certeros</i>	23
<i>La decisión responsable</i>	24
VII. El entorno del camino	27
<i>La naturaleza y el camino</i>	27
<i>Tierra, agua, aire y fuego</i>	28
VIII. Las referencias y referentes del camino	29

<i>Indicadores, guías y flechas</i>	29
<i>Los pasos de quienes nos preceden</i>	31
IX. Los sentimientos del camino	33
<i>Introspección y soledad</i>	33
<i>Los diálogos y encuentros</i>	34
X. Los pensamientos del camino	37
<i>Esperanzas y temores</i>	37
<i>Nostalgias y agradecimientos</i>	38
XI. La cultura del camino	39
<i>El Medioevo ancestral</i>	39
<i>Los desafíos del cambio de época</i>	40
XII. El horizonte del camino	43
<i>Caminar con norte</i>	43
<i>Avivar la esperanza</i>	45
XIII. Las luces y frutos del camino	47
<i>Cambio de vida</i>	47
<i>Nuevas intuiciones</i>	48
Conclusión. Para seguir caminando...	51
<i>Índice</i>	53